

# IMPORTANCIA DEL APOSTOLADO

---

Dios no nos creó para este mundo, sino para el cielo. A este mundo hemos venido por muy poco tiempo, porque era necesario para que nos ganemos el cielo.

Es necesario saber que Dios, aunque nos creó para el cielo, no quiere regalarlo totalmente, sino que exige de nosotros algunos méritos, y por eso, antes de llevarnos al cielo, ha querido que pasemos por este mundo, para que aquí ahora, con nuestro comportamiento le demostremos nuestro amor y nuestro agradecimiento, y, en la medida de lo bien que nos comportemos, nos hará después más o menos felices en el cielo.

Pero nuestro destino eterno y final es el cielo.

Claro está que si nos comportamos mal, si no obedecemos a Dios y pecamos, y si después de haber pecado seguimos contumaces y no nos arrepentimos, a pesar de la buena voluntad de Dios, no tendrá más remedio que condenarnos y castigarnos con el infierno.

Pero Dios por su parte ha hecho todo lo que ha podido hacer para salvarnos.

*«Dios quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad»* (1 Tm. 2, 4).

*«Yo juro, dice el Señor Dios, que no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta de su mal proceder y viva»* (Ez. 33, 11).

Y tanto es lo que desea Dios que nos salvemos que, Jesucristo llegó a decir: *«Yo os digo que en el cielo será mayor la alegría por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan penitencia»* (Lc. 15, 7).

Por eso *«Jesucristo ha venido a este mundo a buscar y salvar lo que estaba perdido»* (Lc. 19, 10).

*«Jesús vino al mundo para salvar a los*

*pecadores»* (1 Tm. 1, 15).

*«Cristo nos amó y se ofreció a sí mismo a Dios en oblación y hostia de olor suavísimo»* (Ef. 5, 2).

*«Y lo que hace brillar más la caridad de Dios hacia nosotros es que, cuando eramos aún pecadores, al tiempo señalado murió Cristo por nosotros»* (Rm. 5, 8).

Dios nos está amando mucho antes de que nacieramos, pues desde la eternidad existimos en su mente y nos ha amado desde siempre, como dice por Jeremías (31, 3): *«Con amor perpetuo te amé, y por eso misericordioso te atraigo a mí»*.

Dios nos amó y nos sigue amando hasta el extremo del amor, como nos dice San Juan (13, 1).

Jesucristo dijo *«que nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos»* (Jn. 15, 13).

Jesucristo dió la vida por nosotros, y no de cualquier manera, sino de la forma más terrible y dolorosa que se pueda imaginar.

Primero le desnudaron y le flagelaron con correas de cuero hasta descarnarle las espaldas. Este suplicio era tan cruel que muchas veces las víctimas morían en el.

Después le coronaron de espinas punzantes que se clavaron por toda su cabeza, causándole terribles tormentos.

Así pasaron con El toda una noche, y a la mañana siguiente, le cargan sobre las espaldas descarnadas una pesada cruz y le hacen que la lleve por la calle a empujones hasta que llega al Calvario.

Allí le tienden sobre la cruz y lo clavan a ella taladrándole manos y pies hasta quedar bien sujeto.

¡Quién podrá imaginar el enorme tormento que esto le causaría!

Y para colmo, levantan la cruz y allí lo tienen colgado de la misma cargando todo el peso de su cuerpo de las heridas de los

pies y de las manos. ¿Puede imaginarse mayor tormento?. Y todo eso lo padece Jesús voluntariamente, sin ganar nada para Él...!

Cuando los mártires sufrían los tormentos, esparaban de Dios una grandísima recompensa; pero cuando Jesús muere colgado de la cruz, lo único que espera de nosotros es nuestro amor.

¿Podremos negarle nuestro amor a Aquel que de tal manera nos amó?. Dice San Juan: «En esto hemos conocido la caridad de Dios, en que dió su vida por nosotros; y nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos» (1 Jn. 3, 16).

Sí; en agradecimiento a ese Dios que de tal forma nos amó, también nosotros debemos estar dispuestos, si fuera preciso, hasta dar la vida, no sólo por nuestra salvación, sino también por la salvación de todos aquellos por los que Cristo murió.

Consideramos que no solamente estamos obligados a trabajar con todas nuestras fuerzas por nuestra salvación, sino también por la salvación de los demás, porque son hermanos nuestros y porque Dios los ama y los quiere salvar igual que a nosotros.

Por eso, junto al primer mandamiento, que es «amar a Dios sobre todas las cosas», está el segundo mandamiento, que es «*amar al prójimo como a nosotros mismos*».

Jesús quiere que nos amemos los unos a los otros como El nos ha amado (Jn. 13, 34). Esto es, hasta dar la vida por su salvación, si fuera necesario.

Pero entendamos que Jesucristo no murió en la cruz para librarnos de los padecimientos de este mundo, ni siquiera para librarnos de la muerte. Jesús únicamente murió para que nosotros fuéramos santos y consigamos la felicidad eterna que nos espera en el otro mundo.

Y es por eso que nosotros no debemos preocuparnos de «qué comeremos, o qué beberemos, o con qué nos vestiremos»; sino que lo que debemos hacer es «buscar el reino de los cielos y su justicia: lo demás ya nos los dará El por añadidura» (Mt. 6, 33).

Y con relación a los demás, lo mismo: tenemos que ayudar al prójimo en sus necesidades materiales, pero, sobre todo y más

que todo, tenemos que ayudarle a salvar su alma haciendo un buen apostolado.

El apostolado es la obra más grande de caridad con Dios y con el prójimo, así como el escándalo es el mayor de todos los pecados.

## EL ESCANDALO.

Sobre el escándalo, dijo Jesucristo: «*Es inevitable que haya escándalos; pero ¡ay de aquel por quien venga el escándalo!. Mas le valiera que le atasen al cuello una piedra de molino y lo arrojasen al mar*» (Lc. 17, 1-2).

«Grande fue el crimen de Caín asesinando a su hermano Abel -dice un autor-; pero mucho mayor es el del escandaloso, que asesina a las almas inocentes».

Nuestra sociedad teme mucho a los terroristas y asesinos que, en cualquier momento nos pueden asesinar sin motivo, por sólo el placer de matar. Sin embargo, no es a ellos a los que debemos temer, sino a los que escandalizan, porque estos no matan el cuerpo sino el alma, y quitan la vida para toda la eternidad.

Cuando un criminal mata a una o varias personas, solamente les quita unos años de vida, pues de una u otra manera todos tenemos que morir de alguna forma. Sin embargo, cuando un escandaloso nos induce a cometer un pecado, nos puede quitar la vida del alma y hacer que merezcamos el infierno, siendo así que estamos destinados al cielo, donde podemos vivir con plena felicidad eternamente.

Por eso dijo Jesucristo: «*No temais a los que matan el cuerpo, y hecho esto ya no pueden hacer más. Yo os mostraré a quien habeis de temer; temed al que tiene poder para condenar cuerpo y alma a los infiernos*» (Mt. 10; Lc. 12, 5).

Como si dijera: Temed más bien a aquel que os induce al pecado, que es quien os condena en cuerpo y alma para siempre al infierno.

El pecado es la muerte del alma, como se lee en el Apocalipsis: «*Tienes nombre de viviente y estás muerto*» (Ap. 3, 1). El escandaloso es el que asesina a las almas para que vayan en cuerpo y alma al infierno.

Grandes daños causan a veces los terro-

motos, sepultando a ciudades enteras; sin embargo, entre todos los terremotos que ha habido hasta ahora y aunque le sumemos todas las demás catástrofes naturales, incluido el diluvio universal, no han causado tanto daño a la humanidad como puede causar un solo de tantos escándalos que gratuitamente se ponen por televisión.

Supongamos que entre todos los terremotos, huracanes, tormentas y otros desastres naturales, desde el principio del mundo hasta ahora, ya hayan muerto diez billones de personas. Supongamos que el promedio de vida que perdieron todos los que murieron en esas catástrofes pudiera ser de 50 años, ¿cuántos años de vida podrían haber sido los que hubieran perdido entre todos?. Quinientos billones de años. ¿Y que son quinientos billones de años comparados con toda una eternidad de tormentos que merece todo el que comete un pecado grave?. Nada: absolutamente nada; porque de quinientos billones de años a la eternidad hay más diferencia que de una sola gota de agua a toda la que contiene los mares; más diferencia que la que hay de un solo granito de arena a toda la redondez de la tierra; y aun más diferencia que la que hay de un granito de alpiste a todo el universo.

Por eso el pecado de escándalo es tan gravísimo, y por eso Dios tiene que castigar terriblemente a este mundo por los escándalos de la televisión.

La pornografía es hoy uno de los mayores escándalos del mundo; probablemente el más terrible y peor de todos, y mucho peor cuando la pronografía se hace por televisión como ocurre hoy en España. Ella es la principal causante del sida, enfermedad terrible porque irremediablemente lleva a la muerte. Pero mucho más terrible que esta enfermedad es la causa por donde viene, que es el pecado, pues casi todos los que contraen el sida lo contraen por haber pecado, con el sexo o con la droga, que son dos pecados muy parecidos.

Los gobernantes y todos los que de alguna manera promueven o que al menos consienten la pronografía en la televisión, van a ser muy terriblemente castigados por los enormes escándalos que ocasionan.

Así como el escándalo es el pecado que más desagrade a Dios, por contrario el apostolado es la obra más importante y más grande de caridad que podemos hacer en este mundo.

El que comete escándalos está tratando de inutilizar, en cuanto está de su parte, la sangre redentora de Cristo, haciendo inútil su pasión y todo aquello por lo que tanto sufrió; en cambio, el que hace apostolado está ayudando a Jesucristo en su redención, al ayudarle a salvar las almas que El tanto quiere y por las que tanto sufrió.

## EL APOSTOLADO.

¿Qué es el apostolado?. Apostolado es todo cuanto hagamos en orden a conseguir la salvación de las almas. Los santos nos dicen que «el apostolado es la obra más agradable que podemos ofrecer Dios, porque con ella tratamos de ayudarle en lo que más le costó, la redención de las almas».

Consideremos que Cristo compró nuestras almas con el precio infinito de su sangre, por lo que nos dice San Pablo: «*A gran precio habeis sido comprados; glorificad a Dios en vuestras almas*» (1 Cor. 6, 20).

Con el apostolado conseguimos que la sangre derramada por Cristo dé los frutos deseados y por El apetecidos, cuyo valor es infinito. Y es por eso que no hay ninguna otra cosa que podamos hacer que valga tanto como el apostolado.

En la medida de las propias posibilidades, el apostolado es un deber de caridad que obliga gravemente a todos los cristianos.

Nótese que hablamos de un verdadero deber, no de un consejo o una devoción más o menos recomendable, y un deber grave, cuya omisión voluntaria y total daría origen a un verdadero pecado mortal contra la caridad fraterna. Sin embargo, no se exige a todos en el mismo grado, sino a cada cual en la medida de sus posibilidades dentro de su propio estado y en el medio ambiente en que se desarrolla su vida...

«El apostolado -advierde Colín- no es solamente una obra magnífica, sino también un deber sagrado y universal. Lo mismo que la caridad de donde brota, obliga a todos y a cada uno: cristianos, religiosos, sacerdotes.

Todos, mientras existimos, tenemos cargo de almas, y de esas almas daremos cuenta en el tribunal de Dios».

«Sabemos -dice San Pío X- que Dios ha encomendado a cada uno el cuidado de su prójimo. No son, pues, solamente los hombres investidos del sacerdocio los que deben consagrarse a los intereses de Dios y de las almas, sino todos sin excepción».

«¡Cuántos cristianos, por desgracia, no han tenido nunca conciencia de esta obligación moral y de su gravedad! Pío XI se lo recordaba a los directores del Apostolado de la Oración en Italia: «Todos los hombres están obligados a cooperar al reino de Jesucristo, lo mismo que todos los miembros de la misma familia deben hacer algo por ella, y no hacerlo es un pecado de omisión que puede ser grave». (Royo Marín, Teología de la Caridad).

#### ¿COMO HA DE SER EL APOSTOLADO?

El apostolado no se hace solamente predicando las verdades eternas; la predicación es importantísima, pero no es lo más necesario.

Escribe Lucía de Fátima que la Santísima Virgen, en la cuarta aparición, tomando un aspecto muy triste, dijo a los pastorcitos: «Rezad, rezad mucho y haced sacrificios por los pecadores; pues muchas almas van al infierno porque no hay quien rece y se sacrifique por ellas». (Memorias de Lucía).

No hay palabras ni elocuencia alguna capaz de convertir a un pecador si no coopera Dios con su gracia. Para que el pecador comprenda las razones que pueden mover su corazón, y para que su voluntad se decida volver a Dios, es necesario que el mismo Dios intervenga con una gracia especial; y esa gracia solamente se puede conseguir con la oración y el sacrificio. Para que los misioneros y los predicadores consigan almas para Dios, son totalmente necesarias las oraciones fervorosas y las penitencias de los cristianos.

No hay cosa por la que podamos merecer la gracia de Dios. Precisamente por eso se llama «gracia» porque Dios la da gratis. Pero resulta que Cristo hizo un pacto con nosotros los cristianos; pues se comprometió a dar sus gracias a todo el que se las pide: «TODO EL QUE PIDE, RECIBE». Con estas palabras Dios quedó comprometido, y ahora, en cierta manera y en virtud de su compromiso, ya merecemos las gracias cuando las pedimos.

San Ligorio advierte que, según San Agustín y otros santos, aquellas palabras de Cristo: «*En verdad, en verdad os digo: cuanto pidieréis al Padre os lo dará en mi nombre*» (Jn. 16, 23), significan juramento en favor de la oración.

A este propósito nos dice San Pablo: «*Queriendo Dios mostrar más cumplidamente la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento; para que a vista de dos cosas inmutables, (promesa y juramento), en que no es posible que Dios mienta, tengamos un firme consuelo los que consideramos nuestro refugio alcanzar los bienes que nos propone la esperanza*» (Heb. 6, 17-18).

En fin: si queremos conseguir la conversión de algún pecador, más que nuestros razonamientos, lo que necesita son nuestras oraciones y nuestros sacrificios. Bien conocía esta verdad San Ambrosio cuando para consolar a Santa Mónica que continuamente pedía a Dios con lágrimas la conversión de su hijo Agustín, el santo obispo le dijo: «No es posible que se pierda el hijo de tantas lágrimas». Y así, por las oraciones de su madre, el corazón de Agustín no reposaba: suspiraba inadvertidamente por Dios, aunque él no lo sabía: hasta que un día, leyendo a San Pablo, se hizo la luz en su alma y sintió grandes ansias de encontrar a Dios, y le encontró.

Pero con esto, Santa Mónica no consiguió solamente a su hijo Agustín, sino a los miles y miles que encontraron a Dios gracias a San Agustín.